



HOMILÍA IV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO B 28/I/2024.

Muy apreciados hermanos:

A través del Evangelio, podemos conocer a Jesús, perfecto Dios y perfecto hombre. Por eso, decía San Jerónimo: *“desconocer las sagradas escrituras es desconocer a Jesús”*.

En el texto que acabamos de proclamar, podemos observar que la predicación de Jesús causaba reacciones diversas: *“Los oyentes quedaron asombrados de sus palabras, pues enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas”*. ¿En qué se diferenciaba la predicación de Jesús y la de los escribas?

- Los escribas recitaban de memoria los textos de la Ley. En cambio, Jesús transmitía su experiencia de intimidad con su Padre. Por eso, muchas veces, vemos que Jesús predica después de haber pasado mucho tiempo en oración.
- Los escribas agobiaban al pueblo con innumerables normas y formalismos. Jesús, por el contrario, a través de sus palabras y ejemplo, transmitía el mensaje del amor, la unidad y la fraternidad.
- Los escribas gastaban horas en discusiones sobre las diversas interpretaciones de la Ley. Jesús no perdía el tiempo en debates inútiles; prefería retirarse a orar. Y cuando tenía que responder lo hacía de modo prudente, firme y contundente.

Pero, sobre todo, Jesús no sólo predicaba con sus palabras, sino también con sus acciones. En muchas ocasiones, el Evangelio nos dice que Jesús, multiplicaba los panes, resucitaba a los muertos, sanaba a los enfermos y expulsaba los demonios. Esta última, expulsar a los demonios, provocó un impacto grande en la gente. Centraré la reflexión de hoy en la existencia del demonio y su actuación.

La Sagrada Escritura habla de la existencia y actuación del demonio desde el Génesis, que nos relata los inicios de la creación y del hombre, hasta el Apocalipsis, último libro revelado que nos narra las vicisitudes que tuvo experimentar la Iglesia naciente y nos desvela acontecimientos que sucederán los últimos días.

El Catecismo de la Iglesia Católica dice que el demonio *“es un ser personal, real y concreto de naturaleza espiritual e invisible, y que por su pecado se apartó de Dios para siempre”*. El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios naturalmente buenos; pero ellos por sí mismos se hicieron malos. Jesucristo, con su muerte y resurrección, nos libró del poder del demonio trasladándonos del reino de las tinieblas al reino de su luz admirable. Desde la venida del Redentor, el poder del maligno ha sido mermado, y sólo puede actuar en la persona, si ésta se lo permite.

En varias ocasiones, la Palabra nos testimonia la victoria de Jesús y de los Apóstoles sobre el Maligno: *“hasta los demonios se nos someten en tu nombre”* – decían los discípulos a Jesús-; *“veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo”* –

declaró Jesús después que los discípulos comentaban con Él los éxitos de su misión; *“pasó haciendo el bien y librando a los oprimidos por el demonio”*, *“para esto ha venido el Hijo del Hombre para deshacer las obras del Diablo”*, y antes de morir, el Señor declaró *“ahora el príncipe de las tinieblas va a ser arrojado fuera”*.

Esa lucha contra el demonio también la tenemos que dar nosotros. Porque el demonio no va a dejar de darla. Lo hace de tres formas: por la posesión, por el pecado y por las tentaciones de la concupiscencia.

Queridos hermanos, sabemos, cómo nos lo recuerda categóricamente San Pablo, que *“la lucha que debemos librar hoy no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas”* (Ef 6, 12).

El Papa Pablo VI, ante el número cada vez más creciente de fieles y sacerdotes que no seguían los mandatos del Señor, que no aceptaban las orientaciones del magisterio de la Iglesia, ante las presiones de grupos de poder que querían imponer su opinión, llegó a afirmar: *“tengo la sensación de que por algún resquicio ha entrado el humo de Satanás en la Iglesia”*.

Especialmente, queridos hermanos, oremos:

- *para no caer en la tentación*”, porque el demonio no descansa ni se cansa de presentarnos seducciones atractivas y a la postre dañinas.
- No dialoguemos jamás con el tentador, porque ineludiblemente caeremos en el pecado como Adán y Eva; imitemos a Jesús que, con la Palabra de Dios, con ayuno y decisión, alejó de sí al tentador;
- y, ante sus asechanzas, sus seducciones y adulaciones, recordemos la sugerencia del Apóstol San Pedro: *“Resístanle, firmes en la fe”*. Oremos continuamente para que el Señor nos revista de esa coraza, *“de toda la armadura de Dios, para que puedan estar firmes contra las asechanzas del diablo”* (Ef 6,11).

Queridos hermanos: ¡Tengamos cuidado con ese ser siniestro! Existe, y todavía actúa, usando sus armas: la astucia, el engaño, el desaliento, la intriga. Nos dice el Cura de Ars: *“el demonio es un gran perro encadenado, que acosa, que mete mucho ruido, pero que solamente muerde a quienes se le acercan demasiado”*.

Le pedimos a la Virgen, que nos trajo al salvador, nos ayude a no caer en la tentación y nos bendiga en nuestro camino de santificación. Así sea.

+ *Ángel Francisco Caraballo*
† Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Cabimas



Prot. 2024/033